

EI ACOMPAÑAMIENTO EN EL PROCESO DE ESCRITURA PARA LA INCLUSIÓN EN LA UNIVERSIDAD

Adriana Goyes Morán
Docente Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de La Salle
agoyes@unisalle.edu.co

Introducción

El acompañamiento es un componente de la formación universitaria... una tarea inherente a la función docente (Rodríguez (Coord), 2004), que ha sido postergado cuando se trata de enseñar a escribir. El seguimiento al proceso de escritura no solo posibilita potenciar la producción escrita en la universidad, sino también es una manera de responder a una necesidad de aprendizaje del estudiante que le posibilita acceder y participar activamente de los diversos sistemas culturales. No basta con dar solo instrucciones y proporcionar las herramientas necesarias, sino por el contrario el docente debe ser un tutor del proceso escritural del estudiante, donde asuma una función orientadora como guía y facilitador de dicho aprendizaje. Claro está que, asumir esta responsabilidad implica que el docente no solo tenga una formación específica en el tema, sino una formación que cumpla con cuatro elementos específicos: interacción, actuación, intervención y orientación.

1. La educación inclusiva

Entendamos por inclusión educativa el propiciar contextos apropiados para construir una comunidad en la cual sea posible reconocer y aceptar las diferencias. Y reconocer la diferencia es el elemento más enriquecedor para la escuela, porque las experiencias de cada individuo son el bagaje significativo para el proceso de enseñanza-aprendizaje. Claro esta que este reconocimiento y aceptación sólo es posible si hay un compromiso por parte de todos los actores inmersos en la vida escolar.

Ahora bien. Para conseguir una comunidad que reconozca y acepte la diferencia es importante establecer lazos de cooperación y respeto hacia el otro y lo otro presente en la institución y particularmente en el aula, porque lo imprescindible, cuando se habla de inclusión, es que el estudiante aprenda a aprender con el otro. Por ello, pensar en una educación inclusiva implica reestructurar, no solamente la parte organizacional, sino la concepción, porque aún se sigue pensando que educar en la inclusión es solamente abrir un espacio para que entre al aula “la diferencia” entendida esta como discapacidad.

Aquí se va a entender la educación inclusiva como la disposición que se debe asumir, principalmente por parte del docente, para atender la diferencia. En otras palabras, es pensar en una educación que responda a las necesidades y problemas reales del alumno, porque son las dificultades cotidianas las que deben tener prioridad en el aula. De ahí que, diferencia e igualdad son conceptos que deben estar enlazados o presentes cuando lo que nos convoca es la inclusión, así lo expresa Moriña: “diferencias individuales y grupales, junto a los elementos del contexto forman un todo que interactúa continuamente, de modo que no cabe pensarlas aisladas.” (2004:114)

Entonces, desde esta perspectiva, no se trata de imponer un prototipo de ser, de pensar y de hacer, ni mucho menos de discriminación, sino por el contrario de reconocer las diferencias para apostarle a una educación integral, la cual busca “la esencia de cada persona apropiándose de su valor y ensalzando lo que de diferente tiene. No se busca parámetros de comparación, ni se decide qué es y qué no es lo normal, simplemente se trata de conocer a cada persona, de descubrir las diferencias... y de responder en función de las características personales y grupales.” (Moriña, 2004:116)

Vistas así las cosas, es fundamental primero que la escuela se concientice de la idea de diversidad dentro de una sociedad cambiante con problemáticas reales, para luego volcarse al estudio de cada individuo, porque sólo de esta manera se

lograra reconocer lo específico de los estudiantes, y desde aquí poder hablar de inclusión. Puesto que, como dice Giné, “la diversidad de necesidades del alumno – sean de origen lingüístico, étnico o bien por razones de capacidad, motivación o ritmo de aprendizaje – debe ser considerada como una característica del desarrollo humano y la necesidad de una respuesta educativa adecuada se hace más evidente en los sistemas educativos más comprensibles.” (En Monereo y Pozo, 2005:91) Entonces, una escuela que se considere inclusiva debe reducir las barreras que habitualmente se ponen al aprendizaje y a la participación de aquellos estudiantes que muchas veces o son llamados “diferentes” o que no suelen tener las mismas oportunidades que los demás por presentar una necesidad específica, por ser vulnerables a la exclusión o por las limitaciones que presentan.

2. El proceso de escritura

El ser humano piensa y actúa desde un determinado espacio social. Las prácticas cotidianas hacen posible una interacción entre lo individual y lo colectivo, de ahí que Michel De Certeau afirma que las prácticas son maneras de “hacer”, de “emplear”, de “usar”, algo para actuar o producir. La escritura es considerada una práctica social, porque forman parte de la trayectoria cultural, de ese mundo letrado en el cual el individuo se ha relacionado; el hombre por medio de la escritura ha organizado su pensar y por ende su actuar, para comprender y producir conocimiento.

Entender la escritura como un lenguaje creado por el hombre, es considerarla un sistema de comunicación independiente que se debe aprender para comunicar ideas por medio de signos convencionales visibles que traspasan el tiempo y el espacio, por ello el proceso de adquisición del código escrito es complejo y requiere desarrollar habilidades propias. Desde esta perspectiva, la escritura

reestructurar la conciencia, como dice Ong, porque es un proceso propio del pensamiento.

Ahora, bien, escribir en la universidad es una actividad compleja que no podemos asimilarla solo con la redacción, sino ante todo debemos entenderla como un proceso cognitivo porque refleja las estructuras de pensamiento que poseemos y a través de ella es posible reconocernos. Por lo tanto, implica no sólo pensar en la estructura lingüística y discursiva, sino por el contrario también es imprescindible tener en cuenta el asunto de contenido y de contextualización para asegurar la interpretación y garantizar lo propio de un texto (Álvarez, 2004), de tal manera que se logre el cometido: comunicar al lector independientemente de la tipología que escojamos para hacerlo (narrativa, expositiva o argumentativa).

Esta postura sobrepasa la idea de escribir un texto argumentativo “como producto” a la de “escribirlo como proceso”, porque la construcción de un escrito busca ante todo el equilibrio entre el manejo del código y la competencia textual e intelectual que posee el autor a la hora de escribir. Es así como la escritura vista desde una lógica de la composición, debe pasar por unos momentos para obtener un producto; sin embargo, si detrás de ello no hay una intención o propósito bien definido, es posible que la escritura se quede sólo en una actividad sin norte y sin significado para quien la realiza.

Por ende, el docente que enseña a escribir en la universidad no debe olvidar el proceso: la preescritura, la escritura y la postescritura. Recuérdese que, la preescritura o momento para escuchar al pensamiento, inicia con la conciencia de querer decir algo, de poner atención a lo que se está generando en el pensamiento, que puede ser una propuesta, una inquietud o el interés por dar respuesta a un problema. La escritura o en el encuentro con las palabras, es el momento para pensar en la unidad, en el estilo, es decir, en la composición del texto. Y en la postescritura o el estadio de la conciencia de lo dicho, es el

momento para mejorar, revisar, corregir el texto; es la fase final del proceso escritural.

Entonces, lo que se busca en la universidad es que el estudiante aprenda a pensar; ejercite su intelección mediante la reflexión, el cuestionamiento, la duda, la sospecha, la meditación. Como se ve escribir textos argumentativos en la universidad no es fácil, pero hacerlo *lleva a desarrollar y a dar consistencia al propio pensamiento*” (Carlino, 2005, 28), pues sólo escribiendo textos argumentativos es posible reconocer la manera de pensar, la manera como el autor relacionan los conocimiento adquiridos o, si se quiere, con la escritura verificamos que tanto somos propietarios de un saber o productores de conocimiento.

3. El acompañamiento: una estrategia inclusiva en la universidad.

Acompañar los procesos en cualquier nivel de educación es pensar en una gestión más acorde con las necesidades presente del estudiante que posibilite cambios en los cuales el reconocimiento, la valoración y el apoyo para que cada uno encuentre las oportunidades de progreso académico y personal. (Giné en Monereo y Pozo, 2005)

Pero ¿qué implica acompañar para la inclusión? Pensar en un plan de mejora o, si se quiere, en un conjunto de actuaciones progresivas en pos de reducir las dificultades de la comunidad estudiantil, centrado en promover el aprendizaje, primero desde las prácticas de aula para, luego, institucionalizarlas. Esto implica que el profesor debe adquirir más conocimientos, en otras palabras, volverse experto en...; adoptar nuevas estrategias de enseñanza, donde lo fundamental es que el estudiante aprenda, y replantear sus creencias e imaginarios acerca de su papel como educador, donde lo primordial es formar integralmente al otro, no solo impartir un conocimiento.

Si así se piensa el acompañamiento para la inclusión, es importante retomar las tres dimensiones propuestas por el Index (2000): crear culturas inclusivas, donde se privilegia la construcción de comunidad y valores de inclusión; elaborar políticas inclusivas, pensando en la idea de escuelas para todos y atención a la diversidad, y desarrollar prácticas inclusivas, donde la participación de todos los alumnos es latente.

Esta propuesta se centra en este último aspecto, desarrollo de prácticas inclusivas. Si bien es cierto, son cuatro los niveles en los cuales se puede acompañar en el proceso de educación: institucional, familiar, de aula e individual – estudiante, nuestro foco de estudio esta centrado en el aula y por su puesto en el estudiante. Por tal razón, y siguiendo los planteamientos de Giné, las condiciones para ello son: 1. Crear relaciones positivas, hace referencia al clima relacional entre profesor – estudiante, estudiante – estudiante; 2. Explicitar los límites y las expectativas de aprendizaje, tanto de parte del docente hacia los estudiantes o viceversa; 3. Planificación y preparación de los recursos, es decir, dar importancia a la planeación, la estructura, la organización y evaluación de una sesión de clase; 4. El repertorio de estrategias de enseñanza que el docente emplea durante un curso para lograr la finalidad de todo proceso de enseñanza: el aprendizaje; 5. Reflexionar sobre el proceso de enseñanza y la divulgación de esta experiencia con otros colegas. (En Monereo y Pozo, 2005: 97-98)

Desde esta postura acompañar el proceso de escritura en los estudiantes universitarios para la inclusión implica: establecer como estrategia la función tutorial del docente, porque la escritura, al igual que la lectura, debe enseñarse y pasar de la concepción que aprender a leer y escribir es aprender a utilizar el código, es pensar en la escritura como un proceso de composición que termina en un producto al que llamamos texto escrito. Entonces, entendemos por tutoría, “el acompañamiento a los discentes en la formación de lo que podría denominarse ‘un estilo universitario’...” que contribuye a la adaptación, al aprendizaje, al

rendimiento académico, entre otros aspectos inherentes a la vida universitaria. (Rodríguez, 2004: 18).

¿Qué implica asumir el rol de profesor-tutor? Interrogante que podemos responder a través de las características básicas de esta estrategia: ser capaz de orientar, personalizar, atender, canalizar y dinamizar la relaciones, e integrar activamente a los estudiantes, en otras palabras, es ser capaz de “dinamizar todo un proceso generador de ayudas y soluciones...” (Castillo y otros, 2009:17) Claro esta, que es fundamental no sólo la formación del docente a nivel disciplinar, sino también la formación como tutor universitario, en la cual deben confluír cuatro aspectos: interacción, actuación, intervención y orientación. Vale la pena abordar cada uno de los elementos.

- **Interacción.** Interactuar con los estudiantes en la enseñanza de la escritura es pensar en establecer una relación “entre una persona experta y otra inexperta, para que esta última pueda conseguir la optimización de determinadas áreas personales en las que es deficitaria” (Gallego en Gallego y Riart (Coord.), 2006: 188), es decir, ayudar al estudiante a desarrollar las habilidades propias de la escritura. Vale aclarar que la propuesta es ayudar a... y no resolverle el problema, pues aún se escucha entre los docentes, por un lado, que muchas veces en las tutorías terminan ellos escribiendo el documento que solicitan a los estudiantes, y, por otro, son los estudiantes los que explicitan que el tutor no los ayuda a... Si esto pasa el docente – tutor debe tener un espacio para reflexionar y replantear su función como tal. Puesto ayudar a otro requiere cubrir las necesidades o resolver el problema por el cual el “inexperto” acude al “experto”.
- **Actuación.** Aquí es fundamental el conjunto de estrategias que el docente pone en escena para enseñar a escribir, pues de esta manera se convierte en un referente para el estudiante. Porque el docente debe mostrar el cómo y las implicaciones que tiene sumergirse en el mundo de la escritura académica.

Desde esta perspectiva, quien asuma el papel de tutor debe ser un docente que lee y escribe, pues solo de esta manera puede ayudar a quien esta comenzando y tratando de involucrar estas prácticas a su vida. En estas maneras de actuar, el docente debe tener presente tres componentes (De Miguel Díaz, 2009): 1) El organizativo, que tiene que ver con elegir los escenarios y recursos apropiados para el proceso de enseñanza según el propósito o finalidad que se plantee el maestro. 2) EL técnico procedimental, hace referencia a la forma de desarrollar las actividades en el aula, donde el papel y grado de participación de los estudiantes es al máximo, porque es él el protagonista. 3) El evaluativo, donde la reflexión frente a los efectos y resultados obtenidos es la posibilidad de reconstruir y replantear las próximas actuaciones. Aquí es importante pensar en las estrategias y los procedimientos para evaluar, especialmente la escritura.

La concretización de estos tres componentes, donde la acción y la reflexión, proporcionan elementos fundamentales para seguir diseñando, implementación y evaluando estrategias de enseñanza para la escritura, hace sostenible las buenas prácticas y se encuentra el sentido y significado del rol de tutor.

- Intervención. El plan tutorial es un instrumento fundamental cuando de ser tutor se trata, porque una de las funciones de esta estrategia de acompañamiento es mediar, por ello implica pensar y diseñar un plan de acción centrado en: articulación y coherencia de los procesos, los conocimientos previos e integración de los estudiantes, y en las relaciones que se puedan establecer. Establecer un plan de acción garantiza, de alguna manera, una continuidad en el proceso de escritura – tal vez esta es la causa de las dificultades en escritura de los estudiantes: no hay continuidad en los procesos de la producción escrita -, la coherentes de las actuaciones, la definición de actividades según los objetivos y metas que el docente-tutor establezca, y el uso de medios y recursos para escribir (Castillo y otros, 2009).

- Orientación. Orientar los procesos de escritura implica promover y guiar el “autoaprendizaje, la autodisciplina, el manejo de distintas fuentes, que facilite la adquisición de competencias” (Gallego en Gallego y Riart (Coord.), 2006: 188), en este caso, la idea es orientar al estudiante para que sea un individuo competente fuera del aula, porque la escritura es una habilidad que necesitara para la vida profesional. de los estudiantes

Baste lo anterior para asumir la función de docente-tutor como aquel que se compromete con el estudiante para ayudarlo a aprender a prender.

Referentes Bibliográficos.

De Certeau, Michel (2007) *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente, México.

Castelló, Montserrat (Coord.) (2009) *Escribir y comunicarse en contextos científicos y académicos. Conocimientos y estrategias*. Graó, España.

Castillo y otros (2009) *Tutoría en la enseñanza, la universidad y la empresa*. Madrid: Pearson.

Carlino, P. (2005). *Escribir, Leer y aprender en la Universidad. Una introducción a la alfabetización*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Index (2000). *Guía para la evaluación y mejora de la educación inclusiva*. En <http://es.scribd.com/doc/15610947/Guia-Para-La-Educacion-Inclusiva>. Consultado el 13 de julio de 2010.

Gallego y Riart (Coords.) (2006). *La tutoría y la orientación en el siglo XXI: nuevas propuestas*. Barcelona: Octaedro.

Lucarelli, E. (Comp.) (2000) *El asesor pedagógico en la universidad. De la teoría pedagógica a la práctica en la formación*. Barcelona: Paidós.

Monereo y Pozo (Coords.) (2005) *La práctica del asesoramiento educativo a examen*. Barcelona: Graó.

Moriña, A. (2004). *Teoría y práctica de la educación inclusiva*. Malaga: Ediciones Aljibe.

